

Al rededor del estilo

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo IV

XX

El amigo Galdós sobre el estilo

El últimamente, en la isla, *El Amigo Manso*, de nuestro Galdós; su novela que pasa por ser la más personal, en el sentido de más introspectiva o más autobiográfica. En todos los personajes de un novelista hay algo de éste; pero en Máximo Manso hay poco, muy poco, que no sea de Galdós. Y es significativo que sea esa novela aquella en que encontramos ciertas indicaciones sobre el estilo. Cuando D. Benito iba a dárse nos a sí mismo, bajo un pudoroso disfraz—era hombre recatado—, preocupábase del estilo.

«Yo no existo...» — empieza diciendo Máximo Manso, a manera de un catedrático—. El amigo Galdós dudaba de su propia existencia, es decir, de su propia personalidad, de su estilo. Y prosigue: «Soy (diciéndote en lenguaje oscuro para que lo entiendan mejor) una condensación artística, diabólica hechura del pensamiento humano (*ximía Dei*), el cual, si coge entre sus dedos algo de estilo, se pone a imitar con él las obras que con la materia ha hecho Dios en el mundo físico...»

Se ve, pues, que ya desde que trata de crearse, de darse existencia, el Amigo Manso, el amigo Galdós siente que tiene que ser con el estilo cogiéndolo entre los dedos. Pero en Dios el estilo es dedo. O el dedo es estilo. Sólo una vez se nos cuenta que escribiese el Cristo, y fué con el dedo y sobre la arena del suelo. Y el dedo de Dios, el estilo de Dios, es el destino. Al crearnos, crea nuestra suerte.

Hablando de Manolito Peña, su discípulo, el Amigo Manso dice: «Entonces caí en la cuenta de que su verdadero estilo estaba en la conversación y de que su pensamiento no era susceptible de encarnarse en otra forma que en la oratoria.» Y añade poco después: «Refractario a la filosofía, rebelde al estilo! ¡Pobre Manolito Peña! Pero si la conversación era su estilo y conversaba, no era refractario a él. Y el propio estilo del amigo Galdós, que era un ta-

citurno, un hombre de escasa conversación, era un estilo oratorio que se buscaba en otra forma, que pretendía huir de la oratoria, huir de sí mismo.

En otro pasaje dice: «Como el muchacho era rico y había de representar en el mundo un papel muy airoso, debía prepararse a ello, cultivando, y ensayando desde luego, el aspecto, la forma, el buen parecer, el estilo, pues estilo es ésto que da al carácter lo que la frase al pensamiento, es decir: tono, corte, vigor y personalidad.» Y he aquí una definición genuinamente oratoria, o, mejor, una indefinición. Eso de «tono, corte, vigor y personalidad» se le ocurre al que está buscando su estilo sin encontrarlo, al que se está buscando—después de declarar: «yo no existo»—sin encon-

trarse. Manolito Peña tenía que prepararse a representar en el mundo un papel muy airoso cultivando y ensayando el estilo. ¿So-
1/5
Ha ayudarle en ello su maestro, el Amigo Manso? Muy escasamente.

Bastante más adelante, treinta y seis páginas después, dice: «La persona tiene su fondo y su estilo: aquél se ve en el carácter y en las acciones; éste se observa, no sólo en el lenguaje, sino en los modales, en el vestir.» Pobre y triste concepto del estilo, que se reduce a algo accidental y muy exterior.

Y el pobre concepto que el amigo Galdós tenía del estilo, a pesar de decir que con él imita el hombre las obras de Dios, se ve más adelante, en lo que dice hablando de Irene, y es así: «Hasta su graciosa muletilla, aquella pobreza de estilo, por la cual llamaba *tremendas* a todas las cosas, me encantaba...»

¡Pasaje capital y hondamente significativo! El amigo Galdós, como los meros y netos oradores, confundía la pobreza de estilo con la pobreza de vocabulario, sin comprender que cabe un estilo riquísimo, la expresión de una personalidad riquísima—que siempre será una expresión riquísima—con un vocabulario pobrísimmo, con unos centenares de palabras. El amigo Galdós debía de creer, como Canalejas, que el estilo oratorio consiste en la abundancia de palabras diferentes, en el juego de los sinónimos. Y hay veces en que la riqueza de estilo exige el repetir una misma palabra, la ceñida, cuantas veces sea menester.

Hay hoy un orador político español, un ex ministro, que cuando habla rara vez da con el epíteto único, el insustituible, y le busca, por lo cual no vacila al hablar, no roza una expresión y parece estar recitando algo aprendido. No hiñe el pensamiento, ni lo modela, sino parece estar fundiendo algo que se le dió hecho y modelado. Pero, en cambio, jamás le falta el rodeo para sustituir al trazo derecho que no encuentra; jamás le falta la paráfrasis que ocupe el hueco del epíteto insustituible. Y a esto se le llama oratoria.

La pobre Irene, la que acabó casándose con Manolito Peña, los dos discípulos del Amigo Manso, tenía su muletilla de llamar «*tremendas*» a todas las cosas; pero el estilo de su maestro, del Amigo Manso mismo, era un estilo todo él de muletillas, de frases de cajón, de expresiones trilladas. Era el estilo de quien empezaba declarando que no existía, y sufría por no existir, de quien se estuvo buscando toda su vida sin haberse encontrado. El Amigo Manso creía que el hombre imita las obras de Dios, cuando es, acaso, Dios quien imita las obras del Hombre, del Hombre que le crea merced al lenguaje.